

Lea Vélez, memoria periodística

Esta joven autora, hija del periodista Carlos Vélez, traza el **relato de una época** donde la profesión se entendía de otra forma

JUAN ÁNGEL JURISTO

Lea Vélez (Madrid, 1970) es una joven autora que tiene en su haber novelas como *El jardín de la memoria* y *Nuestra casa en el árbol*, narración que contiene bellas descripciones de paraísos perdidos y luchas cotidianas que poseen el aire de una épica de tono mayor, por ser silenciosa, anónima y llena de coraje mudo. Lea Vélez es hija de Carlos Vélez, responsable del que para mí ha sido el mejor programa cultural que ha creado RTVE, *Encuentros con las artes y las letras*, que comenzó a emitirse en mayo del 1976 en la 2 de manera discreta, donde colaboraron gentes como Paloma Chamorro, José Luis Jover, Daniel Sueiro... Y me refiero a esta filiación familiar porque en el último libro de Lea Vélez, *La olivetti, la espía y el loro*, la autora realiza un hermoso ejercicio de memoria reivindicando ese programa y, de paso, realizando un bello homenaje a su padre.



La olivetti, la espía y el loro
Lea Vélez
Sílex, 2018
402 páginas
00,00 euros
★★★★

EN EL TRANSCURSO DE UNA mudanza, la autora descubre en el sótano de la casa cintas grabadas del programa. Entonces realiza, junto a su madre, María Luisa Martín, unas conversaciones que actúan a modo de marco histórico necesario. El libro es un relato inteligente, dividido entre las conversaciones que Lea Vélez mantiene con su madre sobre el programa y el ambiente político y cultural de aquellos años cuando el programa se llevó a cabo. La reproducción de trozos de esas conversaciones con escritores –Alberti, J. Larrea, Borges, Montserrat Roig, José Hierro...– y reproducciones de cartas de espectadores sobre el programa, de amigos

de Carlos Vélez, como Isaac Montero, donde se dan cuenta de cómo fueron los preparativos de aquel programa.

El resultado es esclarecedor: el lector actual tiene así la oportunidad de saber sobre la revista *Acento*, de corte falangista liberal y donde se hallaban gentes como Carlos Vélez y Rafael Conte, personas que desde el Régimen consiguieron con astucia, inteligencia y pasión unir en un frente común a escritores de tendencias variadas: Vélez, por ejemplo, fue amigo de Isaac Montero y Tereto, afectos al PCE, y tuvo entre sus colaboradores a jóvenes como Paloma Chamorro, José Luis Jover y profesionales como Gómez Redondo. Esa falta de prejuicios, que muchos no le perdonaron, es lo que hizo que el programa tenga ahora perfiles legendarios. El mundo es de los apasionados, parece decirnos Lea Vélez. Un bello y hermoso libro. ■



Lea Vélez (Madrid, 1970)

BELEN DIAZ ALONSO



La escritora mallorquina Lucía Ramis

LLUCIA RAMIS, CUANDO SOMOS LO QUE PERDIMOS

El regreso al lugar donde has nacido y el **reencuentro con tu pasado** y el de tu familia puede deparar toda clase de sorpresas

Las posesiones
Lucía Ramis



Libros del Asteroide, 2018
261 páginas
17,95 euros
E-book: 9,99
★★★★

Laura Ferrero

La infancia termina con el descubrimiento de que los Reyes Magos son los padres. La madurez –la verdadera madurez y no la de «los treinta son los nuevos veinte»–, empieza con el hallazgo de que los padres tampoco son los padres. Cuesta casi una vida entender que los que nos trajeron al mundo, antes de ser esos héroes que sentamos en el trono de los padres, fueron otros –son otros– a los que quizás nunca llegaremos a conocer.

Todo esto lo cuenta Lucía Ramis (Palma de Mallorca, 1977) en su novela *Las posesiones*, premio de novela en catalán Llibres Anagrama, cuyas páginas están encabezadas por una sugerente cita de Santiago Russinyol: «Los que buscan la verdad merecen el castigo de encontrarla», que es un guiño a los personajes que habitan esta novela, que son, sobre todo, buscadores. Buscan a pesar de que lo que encuentran no siempre les acaba gustando. La narradora, una periodista mallorquina que vive en Barcelona,

regresa a Palma unos días porque su adorado padre ha entrado en una espiral de crisis un poco preocupante. Ahí se reencuentra no solo con un padre al que no reconoce, sino con su particular pasado, que tiene un nombre propio, Marcel, en cuya persona se encarna uno de esos amores tóxicos pero apasionados cuya estela sigue enturbiando su presente.

Además, a lo largo de esos días vuelve a su memoria un siniestro episodio que marcó su infancia: el socio de su abuelo mató a su mujer y a su hijo y después de todo se suicidó. En *Las posesiones*, cada uno de los personajes viven de sus coartadas y sus espejismos. La protagonista, lejos de la isla que

de una verdad universal y justa para todos. Y su abuelo, del que poco sabe, ejemplifica la materia opaca de la que está hecha el pasado. Ni siquiera el pasado nos pertenece, parece decir Lucía Ramis y de ahí el título. *Las posesiones*, porque *possessió* en mallorquín quiere decir casa, el espacio que habitamos. Como en Andalucía cortijo o en Euskadi caserío. Pero ni siquiera las casas nos pertenecen ni nosotros les pertenecemos.

Amores perros

En ellas, en nuestras posesiones, proyectamos la ilusión de tener adonde regresar, aunque como dice la madre de la protagonista: «No tener adónde volver: crecer significa eso». Los vínculos, el pasado, una radiografía de este periodismo precario o la imposibilidad de adentrarnos en el otro son los motores que subyacen en esta novela llena de momentos brillantes y personajes, como el del padre o la propia narradora, extraordinarios. Con gran sensibilidad y sutileza, Lucía Ramis hace en *Las posesiones*, una oda a los mundos que desaparecen y a lo difícil que es desprenderse de las cosas –ya sean casas, personas o historias. Hacia el final del libro está esa gran frase, la que también clausura la película de González Iñárritu, *Amores perros*, «también somos lo que perdimos».

Lucía Ramis añade: «O quizás somos todo eso». ■

NOVELA LLENA DE MOMENTOS Y PERSONAJES BRILLANTES, EXTRAORDINARIOS

la vio nacer, ha pasado su juventud en Barcelona dedicada a un oficio cada vez más cuestionado: el periodismo. Vive con Iván, también periodista, un hombre del que no está enamorada pero suplente, aunque no del todo, la ausencia de Marcel, que, a la vez, sospecho, personifica el miedo al compromiso de la protagonista. Por otra parte está su padre, recién jubilado, convertido en una especie de don Quijote en la cruzada